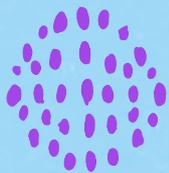


DARÍO  
SZTAJNSZRAJBER



encuentro

MENTIRA  
LA VERDAD.  
FILOSOFÍA  
CON EL CUERPO.

FILOSOFÍA



# EL COLAPSO

LITERATURA



EDUCACIÓN

## EL COLAPSO

¿Y si ya estamos todos muertos? ¿Y si el fin del mundo ya ocurrió y todavía no nos dimos cuenta? ¿Y si ya somos todos fantasmas? ¿Y si nunca fuimos otra cosa sino fantasmas? Y no se trata de una metáfora sino de un desfasaje. Como las estrellas que aun vemos brillar en el cielo, pero que hace miles de años explotaron en mil pedazos; tal vez ya se haya desencadenado el fin del mundo, pero aún no lo estemos percibiendo. ¿Y por qué nuestro mundo estaría colapsando? ¿De qué mundo hablamos cuando hablamos de mundo? ¿Quiénes son los responsables? Y sobre todo, ¿tenemos una oportunidad?

El fin del mundo y el fin de la metáfora. Es cierto que los fantasmas transgreden el binario que delimita tan rigurosamente lo vivo de lo muerto y que por eso podemos pensarnos ya muriendo mientras vivimos. Todo es claramente una cuestión de perspectiva. Nacimos para morir y por ello nacer también es una forma de empezar a morir. Sin embargo, la inminencia del colapso excede toda perspectiva. La intervención destructiva del ser humano en la naturaleza tal vez sea de tal índole que ya ninguna metáfora pueda dar cuenta de sus consecuencias. Algo colapsó y parece no haber retorno. Se cruzó un límite y ya no hay sutura sino agonía: la agonía de un planeta que ya no puede recomponerse.

¿Cómo explicar el colapso? ¿Es para tanto? ¿Ya pasamos un punto de no retorno en la destrucción de la naturaleza? ¿Se trata de una cuestión específicamente tecnológica o también de una dimensión instrumental, utilitaria, mercantilista, civilizatoria? ¿Todo lo civilizatorio atenta contra el planeta o solo la exacerbación de algunas de sus lógicas? Pero, además, ¿hay una responsabilidad del ser humano en su conjunto o solo de algunas de sus formas culturales? ¿No hay formas de lo humano que se vinculan de otro modo con el mundo? Dice Jameson que “nos es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo”. Tal vez esta frase nos permita comprender cuan arraigada se encuentra en nuestra subjetividad la idea de hacer de nuestra naturaleza solo un reservorio de recursos. Y ni siquiera para la satisfacción de nuestras necesidades, sino para la acumulación y expansión de los poderosos...

Martin Heidegger explica la relación entre la muerte y el tiempo a partir de dos figuras. Dice por un lado que cuando se nos pregunta cuánto nos falta para morir, siempre respondemos: falta mucho. No importa qué edad tengamos. Siempre a la

muerte la vemos demasiado lejos. Pero lo paradójico es que al mismo tiempo la muerte es inminente: cualquiera podría morir ya, cualquier podría morir ahora... Con el colapso se presenta la misma matriz. Cuando nos preguntamos cuánto falta para que el planeta estalle por la sobreexplotación a la que está expuesto, decimos: igual falta mucho, no nos va a tocar. Y sin embargo el colapso es inminente. Todo está sucediendo ahora. Calentamiento global, desertificación y desecación de la tierra, desaparición de 150 especies animales por día, cambio climático con consecuencias directas sobre los órdenes sociales. Es claro que ante la escasez de recursos, lo que se profundizan son las desigualdades. Pero también es claro que en un mundo mercantilizado, lo que se profundiza es la cosificación de la existencia. Por ejemplo, hay colapso en una tierra cada vez menos fértil, pero también hay colapso en la contaminación de nuestros cuerpos por la ingesta industrializada de productos chatarra, en las grandes hambrunas colectivas, en las migraciones sin destino, en la vacuidad de una existencia articulada alrededor del mandato del consumo desenfrenado...

No falta mucho. No falta nada. Ya está sucediendo. Estamos viviendo el fin del mundo...

¿Cómo pensar el fin del mundo? Hay dos maneras de concebir el fin de nuestro mundo. Por un lado, podemos pensarlo como la extinción de la vida humana sobre la tierra: un mundo sin seres humanos. Pero, también podemos pensarlo exactamente desde el polo inverso: como la supervivencia de un ser humano, pero en un mundo que se queda ya sin naturaleza, implotada y destruida.

¿Pero qué es lo que se está extinguiendo? ¿El ser humano o la naturaleza? ¿O el apocalipsis es total y se lleva puesto todo? Incluso suele haber lecturas antinómicas en ambos casos: se puede pensar el final de la vida humana sobre el planeta como una catástrofe o como una liberación de la naturaleza de su principal depredador. Y del mismo modo se puede pensar al ser humano sin la naturaleza como una pérdida o como la emancipación tecnológica de nuestras ligaduras materiales.

Lo que queda en claro es que estamos asistiendo a un tipo de final. Y lo estamos haciendo como suelen darse los finales: sin que nos demos cuenta. Como aquel mito relatado por Plutarco que nos cuenta que cuando el marinero Tamus pasaba por la isla de Paxi, escuchó una extraña voz saliendo del mar que le advertía: "cuando llegues a Palodes anuncia a todo el mundo que el gran dios Pan ha muerto"

Pero claro, los dioses no mueren. Ningún dios muere salvo Pan, el dios de la naturaleza salvaje. Un nuevo acontecimiento está en marcha: la cosificación de la realidad, pero sobre todo del ser humano. Pan en griego además significa "totalidad". Algo de esa totalidad originaria se va diluyendo en la confrontación cada vez más extendida entre el ser humano vuelto sujeto y la proyección de cierta forma de la naturaleza como objeto. Sujeto y objeto, confrontados. La naturaleza, así, ha muerto...

La metáfora más conocida del fin del mundo es la del Apocalipsis. Así se llama el último libro del Nuevo Testamento. Pero la palabra "apocalipsis" no significa "fin del mundo" sino "revelación". Y lo que se revela según la teología cristiana es que este mundo está destinado a sucumbir como antecedente de una final de los tiempos donde todo se recompone edénicamente: todo tiene que explotar para poder volver a la armonía originaria.

Mucho pensamiento revolucionario sigue la misma matriz: solo la agudización de las contradicciones da lugar a la revolución final. Un esquema que no hace del colapso el final sino que lo asocia con una oportunidad.

La palabra "oportunidad" deriva de la suma de la idea de puerto y de estar enfrente: estar frente a un puerto a la espera de decidirnos a emprender un nuevo viaje. En el puerto hay seguridad, en los viajes todo se halla en movimiento. Una oportunidad es asumir el riesgo y la incertidumbre que implica cualquier nueva posibilidad, pero sobre todo comprender que tal vez toda nuestra existencia no sea más que un viaje sin destino fijo, una deriva incierta. No podemos quedarnos quietos: la filosofía es siempre una experiencia de la inquietud. Si hay colapso, siempre hay oportunidad. Y si podemos imaginar el fin del mundo, entonces podremos imaginar otros finales. Y nuevos inicios...



# MENTIRA LA VERDAD. FILOSOFÍA CON EL CUERPO.

## CAPÍTULO: EL COLAPSO

[https://www.youtube.com/watch?v=t4m0NxuU0sg&ab\\_channel=CanalEncuentro](https://www.youtube.com/watch?v=t4m0NxuU0sg&ab_channel=CanalEncuentro)

